

TESTO 2: ZORRILLA, *DON JUAN TENORIO*

I, 6

DON GONZALO	No cabe en mi corazón que tal hombre pueda haber, y no quiero cometer con él una sinrazón.	175
	Yo mismo indagar prefiero la verdad... mas, a ser cierta la apuesta, primero muerta que esposa suya la quiero.	180
	No hay en la tierra interés que si la daña me cuadre; primero seré buen padre, buen caballero después.	185
	Enlace es de gran ventaja, mas no quiero que Tenorio del velo del desposorio la recorte una mortaja.	190

I, 8

DON DIEGO **(Aparte.)**
 ¡Que un hombre de mi linaje
 desienda a tan ruin mansión!
 Pero no hay humillación
 a que un padre no se baje
 por un hijo. Quiero ver
 por mis ojos la verdad,
 y el monstruo de liviandad
 a quien pude dar el ser.

1, 12

DON JUAN	Como gustéis, igual es, que nunca me hago esperar.	440
	Pues señor, yo desde aquí, buscando mayor espacio para mis hazañas, dí sobre Italia, porque allí tiene el placer un palacio.	445
	De la guerra y del amor antigua y clásica tierra, y en ella el Emperador, con ella y con Francia en guerra,	

díjeme: «¿Dónde mejor?	450
Donde hay soldados, hay juego, hay pependencias y amoríos».	
Dí, pues, sobre Italia luego, buscando a sangre y a fuego amores y desafíos.	455
En Roma, a mi apuesta fiel, fijé entre hostil y amatorio en mi puerta este cartel: «Aquí está don Juan Tenorio para quien quiera algo de él».	460
De aquellos días la historia a relataros renuncio; remítome a la memoria que dejé allí, y de mi gloria podéis juzgar por mi anuncio.	465
Las romanas caprichosas, las costumbres licenciosas, yo gallardo y calavera, quién a cuento redujera mis empresas amorosas.	470
Salí de Roma por fin como os podéis figurar, con un disfraz hartó ruin, y a lomos de un mal rocín, pues me querían ahorcar.	475
Fui al ejército de España; mas todos paisanos míos, soldados y en tierra extraña, dejé pronto su compañía tras cinco o seis desafíos.	480
Nápoles, rico vergel de amor, de placer emporio, vio en mi segundo cartel: «Aquí está don Juan Tenorio,	
y no hay hombre para él.	485
Desde la princesa altiva a la que pesca en ruin barca, no hay hembra a quien no suscriba, y cualquiera empresa abarca si en oro o valor estriba.	490
Búsquenle los reñidores; cérquenle los jugadores; quien se precie, que le ataje; a ver si hay quien le aventaje	

en juego, en lid o en amores». 495

Esto escribí; y en medio año
que mi presencia gozó
Nápoles, no hay lance extraño,
no hubo escándalo ni engaño
en que no me hallara yo. 500

Por dondequiera que fui,
la razón atropellé,
la virtud escarnecí,
a la justicia burlé
y a las mujeres vendí. 505

Yo a las cabañas bajé,
yo a los palacios subí,
yo los claustros escalé,
y en todas partes dejé
memoria amarga de mí. 510

-ffol. 17r/-

Ni reconocí sagrado,
ni hubo razón ni lugar
por mi audacia respetado;
ni en distinguir me he parado
—72→
al clérigo del seglar. 515

A quien quise provoqué,
con quien quiso me batí,
y nunca consideré
que pudo matarme a mí
aquel a quien yo maté. 520

A esto don Juan se arrojó,
y escrito en este papel
está cuanto consiguió,
y lo que él aquí escribió,
mantenido está por él.

II, 9

BRÍGIDA

¡Bah! Pobre garza enjaulada,
dentro la jaula nacida,
¿qué sabe ella si hay más vida
ni más aire en que volar? 415

-ffol. 33v/-

Si no vio nunca sus plumas
del sol a los resplandores,
¿qué sabe de los colores
de que se puede ufanar? 420

No cuenta la pobrecilla diez y siete primaveras, y aún virgen a las primeras impresiones del amor, nunca concibió la dicha fuera de su pobre estancia, tratada desde la infancia con cauteloso rigor.	425
Y tantos años monótonos de soledad y convento tenían su pensamiento ceñido a punto tan ruin, a tan reducido espacio y a círculo tan mezquino, —126→ que era el claustro su destino y el altar era su fin.	430
«Aquí está Dios», la dijeron; y ella dijo: «Aquí le adoro». «Aquí está el claustro y el coro». Y pensó: «No hay más allá». Y sin otras ilusiones que sus sueños infantiles, pasó diez y siete abriles sin conocerlo quizá	435
	440
	445

III, 3

DOÑA INÉS	¡Ay! Que cuanto más la miro menos me atrevo a leer. (Lee.) «Doña Inés del alma mía».	210
BRÍGIDA	Virgen santa, ¡qué principio! Vendrá en verso, y será un ripio que traerá la poesía. Vamos, seguid adelante.	215
DOÑA INÉS	(Lee.) «Luz de donde el sol la toma, hermosísima paloma privada de libertad, si os dignáis por estas letras pasar vuestros lindos ojos, no los tornéis con enojos sin concluir, acabad».	220
BRÍGIDA	¡Qué humildad y qué finura!	

DOÑA INÉS	¿Dónde hay mayor rendimiento?	
BRÍGIDA	Brígida, no sé qué siento.	225
DOÑA INÉS	Seguid, seguid la lectura. (Lee.)	
	«Nuestros padres de consuno nuestras bodas acordaron, porque los cielos juntaron los destinos de los dos. Y halagado desde entonces con tan risueña esperanza, mi alma, doña Inés, no alcanza otro porvenir que vos.	230
	De amor con ella en mi pecho brotó una chispa ligera, que han convertido en hoguera tiempo y afición tenaz.	235
	Y esta llama, que en mí mismo se alimenta, inextinguible, cada día más terrible va creciendo y más voraz».	240
BRÍGIDA	Es claro; esperar le hicieron en vuestro amor algún día, y hondas raíces tenía cuando a arrancársele fueron.	245
DOÑA INÉS	Seguid. (Lee.)	
	«En vano a apagarla concurren tiempo y ausencia, que doblando su violencia, no hoguera ya, volcán es; y yo, que en medio del cráter desamparado batallo, suspendido en él me hallo entre mi tumba y mi Inés».	250
BRÍGIDA	¿Lo veis, Inés? Si ese Horario le despreciáis, al instante le preparan el sudario.	255
DOÑA INÉS	Yo desfallezco.	
BRÍGIDA	Adelante.	
DOÑA INÉS	(Lee.)	
	«Inés, alma de mi alma, perpetuo imán de mi vida, perla sin concha escondida entre las algas del mar; garza que nunca del nido tender osastes el vuelo al diáfano azul del cielo para aprender a cruzar,	260
		265

	si es que a través de esos muros el mundo apenas miras, y por el mundo suspiras, de libertad con afán, acuérdate que al pie mismo de esos muros que te guardan, para salvarte te aguardan los brazos de tu don Juan».	270
	(Representa.) ¿Qué es lo que me pasa, ¡cielo!, que me estoy viendo morir?	275
BRÍGIDA	(Aparte.) Ya tragó todo el anzuelo. Vamos, que está al concluir.	
DOÑA INÉS	(Lee.) «Acuérdate de quien llora al pie de tu celosía, y allí le sorprende el día y le halla la noche allí; acuérdate de quien vive sólo por ti, ¡vida mía!, y que a tus pies volaría si le llamaras a ti».	280
BRÍGIDA	¿Lo veis? Vendría.	
DOÑA INÉS	¡Vendría!	
BRÍGIDA	A postrarse a vuestros pies.	
	—156→	
DOÑA INÉS	¿Puede?	
BRÍGIDA	¡Oh, sí!	
DOÑA INÉS	¡Virgen María!	
BRÍGIDA	Pero acabad, doña Inés.	290
DOÑA INÉS	(Lee.) «Adiós, oh luz de mis ojos; adiós, Inés de mi alma; medita, por Dios, en calma las palabras que aquí van; y si odias esa clausura que ser tu sepulcro debe, manda, que a todo se atreve por tu hermosura don Juan».	295
	III, 3	
DON JUAN	Que os hallabais bajo mi amparo segura, y el aura del campo pura libre por fin respirabais.	255

(Vase BRÍGIDA.)

Cálmate, pues, vida mía;
reposa aquí, y un momento
olvida de tu convento
la triste cárcel sombría. 260

¡Ah! ¿No es cierto, ángel de amor,
que en esta apartada orilla
más pura la luna brilla
y se respira mejor?

Esta aura que vaga llena 265
de los sencillos olores
de las campesinas flores
que brota esa orilla amena;
esa agua limpia y serena
que atraviesa sin temor 270
la barca del pescador
que espera cantando el día,
¿no es cierto, paloma mía,
que están respirando amor?

Esa armonía que el viento 275
recoge entre esos millares
de floridos olivares,
que agita con manso aliento,
ese dulcísimo acento
con que trina el ruiseñor 280
de sus copas morador
llamando al cercano día,
¿no es verdad, gacela mía,
que están respirando amor?

Y estas palabras que están 285
filtrando insensiblemente
tu corazón, ya pendiente
de los labios de don Juan,
y cuyas ideas van
inflamando en su interior 290
un fuego germinador
no encendido todavía,
¿no es verdad, estrella mía,
que están respirando amor?

Y esas dos líquidas perlas 295
que se desprenden tranquilas
de tus radiantes pupilas

	convidándome a beberlas, evaporarse a no verlas de sí mismas al calor, y ese encendido color que en tu semblante no había, ¿no es verdad, hermosa mía, que están respirando amor?	300
	¡Oh! sí, bellísima Inés, espejo y luz de mis ojos; escucharme sin enojos como lo haces, amor es; mira aquí a tus plantas, pues, todo el altivo rigor de este corazón traidor que rendirse no creía, adorando, vida mía, la esclavitud de tu amor.	305
DOÑA INÉS	Callad, por Dios, ¡oh don Juan!, que no podré resistir mucho tiempo sin morir tan nunca sentido afán.	310
	¡Ah! Callad, por compasión, que oyéndoos me parece que mi cerebro enloquece y se arde mi corazón.	315
	¡Ah! Me habéis dado a beber un filtro infernal sin duda, que a rendiros os ayuda la virtud de la mujer.	320
	Tal vez poseéis, don Juan, un misterioso amuleto, que a vos me atrae en secreto como irresistible imán.	325
	Tal vez Satán puso en vos su vista fascinadora, su palabra seductora y el amor que negó a Dios.	330
	¿Y qué he de hacer, ¡ay de mí!, sino caer en vuestros brazos, si el corazón en pedazos me vais robando de aquí?	335
	No, don Juan; en poder mío resistirte no está ya; yo voy a ti, como va sorbido al mar ese río.	340
	Tu presencia me enajena,	

	tus palabras me alucinan,	
	y tus ojos me fascinan,	345
	y tu aliento me envenena.	
	¡Don Juan! ¡Don Juan! Yo lo imploro	
	de tu hidalga compasión:	
	o arráncame el corazón,	
	o ámame, porque te adoro.	350
DON JUAN	¡Alma mía! Esa palabra	
	cambia de modo mi ser,	
	que alcanzo que puede hacer	
	hasta que el Edén se me abra.	
	No es, doña Inés, Satanás	355
	quien pone este amor en mí;	
	es Dios, que quiere por ti	
	ganarme para Él quizás.	

...

(Las flores se abren y dan paso a varios angelitos, que rodean a DOÑA INÉS y a DON JUAN, derramando sobre ellos flores y perfumes, y al son de una música dulce y lejana, se ilumina el teatro con luz de aurora. DOÑA INÉS cae sobre un lecho de flores, que quedará a la vista, en lugar de su tumba, que desaparece.)

Escena IV

DOÑA INÉS, DON JUAN y los ángeles.

DON JUAN	Clemente Dios, ¡gloria a Ti!	
	Mañana a los sevillanos	
	aterrará el creer que a manos	
	de mis víctimas caí.	210
	Mas es justo; quede aquí	
	al universo notorio,	
	que pues me abre el purgatorio	
	un punto de penitencia,	
	es el Dios de la clemencia	215
	el Dios de DON JUAN TENORIO.	

(Cae DON JUAN a los pies de DOÑA INÉS, y mueren ambos. De sus bocas salen sus almas, representadas en dos brillantes llamas que se pierden en el espacio al son de la música. Cae el telón.)